



Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del 15° Concurso
Infantil y Juvenil de Cuento



Escuela de Niños Escritores

zBbY
MÉXICO



CENTRO CULTURAL DE
ESPAÑA EN MÉXICO



CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Consejera presidenta: Patricia Avendaño Durán
Consejeras y consejeros electorales: Carolina del Ángel Cruz
Erika Estrada Ruiz
Mauricio Huesca Rodríguez
Sonia Pérez Pérez
César Ernesto Ramos Mega
Bernardo Valle Monroy
Secretario ejecutivo: Bernardo Núñez Yedra

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS ANTE EL CONSEJO GENERAL

Partido Acción Nacional: Andrés Sánchez Miranda, propietario
Guillermo Sacramento Ordaz Sánchez, suplente
Partido Revolucionario Institucional: Enrique Nieto Franzoni, propietario
Christian Omar Castillo Triana, suplente
Partido de la Revolución Democrática: Itzel Bello Alcaraz, suplente
Partido del Trabajo: Ernesto Villarreal Cantú, propietario
Benjamín Jiménez Melo, suplente
Partido Verde Ecologista de México: Yuri Pavón Romero, propietario
Dafne Rosario Medina Martínez, suplente
Movimiento Ciudadano: Armando de Jesús Levy Aguirre, propietario
Horacio Salomón Abreu García, suplente
Morena: Paola Pintado Pérez, propietaria
Gloria Angélica Rangel Vargas, suplente

DIPUTADAS Y DIPUTADOS INVITADOS PERMANENTES DE LOS GRUPOS PARLAMENTARIOS DEL CONGRESO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Partido Acción Nacional: Diego Orlando Garrido López, propietario
Aníbal Alejandro Cañéz Morales, suplente
Partido Revolucionario Institucional: Maxta Iraís González Carrillo, propietaria
Ernesto Alarcón Jiménez, coordinador
Partido de la Revolución Democrática: Jorge Gaviño Ambriz, propietario
Partido del Trabajo: Circe Camacho Bastida, propietaria
María de Lourdes Paz Reyes, suplente
Morena: Yuriri Ayala Zúñiga, propietaria

DIPUTADAS Y DIPUTADOS INVITADOS PERMANENTES DE LAS ASOCIACIONES PARLAMENTARIAS DEL CONGRESO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Asociación Parlamentaria Alianza Verde: Jesús Sesma Suárez, propietario
Juntos por la Ciudad: José Martín Padilla Sánchez, suplente
Asociación Parlamentaria Ciudadana: Royfid Torres González, propietario
Daniela Gicela Álvarez Camacho, suplente
Asociación Parlamentaria Mujeres Demócratas: Elizabeth Mateos Hernández, coordinadora

Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del 15° Concurso
Infantil y Juvenil de Cuento



CIUDAD DE MÉXICO • 2022

DIRECCIÓN EJECUTIVA DE GÉNERO, DERECHOS HUMANOS, EDUCACIÓN CÍVICA Y CONSTRUCCIÓN CIUDADANA
Gustavo Uribe Robles, director ejecutivo

Autoras: Vanessa Yollotzin Tenorio Herrera, Karen Amayrani Osorio Morales, Danna Valeria Ramírez Moreno, Rocio Hernández Bautista, Naela Jimena Mejía Terán y Ximena Yolotzin Montes García

Jurado calificador

Alberto Partida Coellar, Alejandra Martínez Vázquez, Alejandro Dávila Zambrano, Claudia Muzzi Turullols, Gisela Guadalupe Santibáñez Calderón, Gretta Penélope Hernández Ayala, Jimena Martínez Vázquez, José Daniel del Toro Martínez, José Emilio Gómez Vázquez, Juan Carlos Rosas Ramírez, Katia Coellar Arellano, Laura Florencia Candelaria Silva, Lorena Rosales Toledo, María de los Ángeles Trujillo Guerrero, Raúl Farías Higareda, Roxanna Loraine Erdman Lango, Teresita del Niño Jesús Quintanilla D Acosta y Verónica Sandoval

Organización

Rosamar Luna García, jefa de Departamento de Educación Cívica IV • Adriana Gissela Pérez Alonso, supervisora de Grupo "B" • Saúl Manuel Camarillo Delgado, supervisor de Grupo "B"

Edición

Supervisión: José Luis García Torres Pineda, coordinador editorial
Diseño, formación e ilustración: Kythzia Cañas Villamar, jefa de Departamento de Diseño y Edición
Corrección de estilo: Ricardo Raúl Benítez Estrada, analista corrector de estilo

Primera edición, diciembre de 2022

ISBN: 978-607-8605-73-6

D. R. © Instituto Electoral de la Ciudad de México
Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines,
Tlalpan, 14386, Ciudad de México

www.iecm.mx

Hecho en México.

Publicación electrónica de acceso gratuito, prohibida su venta.

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de las autoras.

Índice

Segunda categoría
(De 12 a 14 años)

<i>Cómo le gustaba ella</i>	7
Vanessa Yollotzin Tenorio Herrera	
<i>La noche que murió la seguridad</i>	17
Karen Amayrani Osorio Morales	
<i>Esperanza</i>	23
Danna Valeria Ramírez Moreno	

Tercera categoría
(De 15 a 17 años)

<i>Hubiera</i>	35
Rocio Hernández Bautista	
<i>Para luchar no hay edad</i>	43
Naela Jimena Mejía Terán	
<i>Ser libre del león</i>	57
Ximena Yolotzin Montes García	



Segunda categoría
Primer lugar

Cómo le gustaba ella

Vanessa Yollotzin Tenorio Herrera

Había una vez una princesa de vestido azul oscuro y un listón en su cabello.

Había una vez una bruja con su cabaña en el bosque y un sombrero de punta.

La bruja solía levantarse temprano y recogía los materiales necesarios para sus brebajes día tras día, sin nada diferente, hasta que, un día, la vio. Iba saliendo de su torre y el sol hizo que su cabello brillara; toda su persona irradiaba luz. Al instante, la princesa llamó la atención de la joven bruja, que se entretenía observando los movimientos agraciados de la princesa.

La veía todo el día, admirando su belleza desde las sombras. La bruja estaba enamorada de la princesa, pero aún no se sentía segura de acercarse, temerosa de desafiar los cuentos de hadas. Eso sí, a ella le gustaba recolectar las flores que encontraba en las profundidades del bosque, esas que el caballero no alcanzaba a encontrar, esperando algún día poder obsequiárselas.

¡Cómo le gustaba la princesa en cada rayo de sol que se colaba entre los árboles y en cada estrella de esas noches infinitas donde se imaginaba cómo sería tomar su mano! Pero, al llegar el amanecer, notaba la cabalgata del caballo que transportaba al caballero





de reluciente armadura, quien llegaba hasta la torre y le regalaba un ramo de rosas blancas a la bella dama que ahí habitaba.

¡Cómo le gustaba la princesa por las mañanas, cuando salía a regar flores y cantaba con los pájaros, así como las veces en que se sentaba sobre las raíces de un árbol a leer sus libros! Sin embargo, pensaba que jamás podría estar con ella.

Así, se dio a la tarea de leer todos los cuentos que encontró: miles y miles de relatos que contaban sobre reinos encantados donde la princesa era rescatada por un caballero, donde se convertían en príncipe y princesa, nunca princesa y princesa. Y, si preguntaba por el pueblo, siempre era el caballero en quien la gente pensaba primero.

La bruja era una buena persona, y eso no lo dudaban los propios habitantes del pueblo, quienes jamás le hicieron el feo. Ella les había ayudado a curar a los enfermos, a llegar a acuerdos con los animales que generaban pánico entre los pueblerinos, pero, ante las respuestas que le daban, empezó a tener miedo de decir “ ¡Cómo me gusta la princesa! ”.

Entonces, se lo guardó para sí misma, pues, si lo decía, ¿realmente le creerían?, ¿seguiría siendo la bruja buena para ellos?

Y a pesar de que su corazón era lo único que podía gritar su amor por la bella chica de vestido azul que habitaba en la torre, ella estaba segura de que le gustaba la princesa.

Pasó el tiempo y hasta al mismo cuento se le hizo extraño que el caballero no hubiese rescatado ya a la princesa. Entonces, la bruja salió de su cabaña, curiosa por saber lo que pasaba.

Y mientras iba caminando, se encontró con un hermoso girasol. ¿Qué hacía un girasol en medio del bosque? Ni idea, pero poco importaba si sus pétalos te recuerdan a una hermosa princesa. Y eso fue lo que pasó con la bruja. Así que, con cuidado, tomó entre sus manos la flor y caminó en dirección a la torre.

Poco antes de llegar, escuchó un grito y, al instante, un gruñido. Fue corriendo hacia ahí, preocupada por que algo malo estuviese pasando, y se encontró con el caballero tomando su espada y desafiando a un oso que tenía detrás a la princesa, como si la estuviera

defendiendo. El oso dio el primer zarpazo y el caballero se colocó en posición de ataque, mientras la princesa jalaba con fuerza el pelaje del oso, sin poder mover ni un poco a la bestia.

La criatura marrón se paró en sus patas traseras, haciéndolo ver más imponente que antes. La gravedad cumplió su papel, y la princesa cayó hacia atrás. La bruja reaccionó al instante, fue corriendo hacia ella y, aún con el girasol en mano, le ayudó a levantarse y a retroceder.

Pero, cuando ya estaban unos pasos atrás, la princesa seguía viendo el enfrentamiento y en sus ojos se notaba miedo, situación que no pasó desapercibida para la bruja, quien notó la preocupación y se dio una idea de por qué estaba así. Dejó el girasol en el suelo, se soltó de la princesa y fue hacia donde estaban luchando el caballero y el oso.

Las patas del oso se movían con furia y la espada del caballero rasguñaba su piel. Sin embargo, el oso no retrocedía. La bruja se preguntó qué le hacía estar ahí, imparable. Cuando el caballero hizo un corte más grande y la princesa gritó, fue que se dio cuenta de la razón, pues su grito no fue un canto de victoria, más bien fue un lamento.

No lo pensó dos veces y apretó el paso, empujando al caballero fuera del alcance del oso, y cuando escuchó la armadura chocar con el suelo, se encargó de tranquilizar a la bestia. Sus brazos alzados quisieron calmarlo y, a pesar de que el oso seguía eufórico por la batalla, dejó de atacar. No tenía intenciones de dañar a la bruja, simplemente regresó con la princesa, quien, al tenerlo cerca, empezó a acariciarle el pelaje.

La bruja los veía desde donde estaba y, al observar su cabello de cerca, su piel, su vestido, reafirmó que le gustaba la princesa. El caballero se puso de pie, desconcertado por lo que estaba pasando. Hasta el propio cuento se sacó de onda, pues nada de eso había sido escrito antes.

La bruja se acercó a la princesa y al oso. Al sentir su presencia, la chica del listón en el cabello subió su mirada y, con una sonrisa, le agradeció. Sus ojos eran más bonitos de cerca, y esa sonrisa que tanto había admirado desde las sombras, alumbraba más al estar





a su lado. La bruja no contestó nada, pero tomó nuevamente el girasol que había dejado en el suelo y se lo obsequió.

Los ojos de la princesa se llenaron de ilusión, como dos pequeños soles atraídos por el girasol. Se levantó y abrazó a la bruja, mientras el cuento y el caballero estaban un poco confundidos. No era una confusión mala, eso se supo cuando sintieron la felicidad de la bruja. No entendían exactamente la razón, pero no importaba: ambas eran felices y eso era suficiente.

La princesa no necesitó un rescate; el caballero lo supo cuando la vio sonreír en su abrazo con la bruja. Algo le decía que no era indispensable ahí, que la princesa había encontrado lo que tanto había esperado. Y no se enfadó, en verdad se sentía contento de ver su rostro feliz, a pesar de no ser el causante de ello. Disfrutó de esa tarde, en la que la bruja bromeaba y contaba sus aventuras en el bosque y con los pueblerinos. Se disculpó con el oso, quien no le guardó rencor, y ayudó a curarle las heridas.

La princesa veía con admiración a la bruja mientras preparaba medicinas para hacer más rápida la recuperación del oso y, a pesar de aún no entender ese calor en sus mejillas al sentir la mirada de la bruja, estaba segura de que no era algo malo.

El caballero regresó al pueblo, feliz de haber hecho tres amigos. El oso se quedó con ellas, paseando por el bosque cuando ambas estaban en la cabaña y explorando la torre cuando ambas se encontraban ahí.

Los sueños de la bruja se hicieron realidad. Pudo escuchar su risa, regalarle flores, ver atardeceres con ella, pasar noches enteras hablando. Todo fue tan fluido, tan sincero, tan bonito, que a ninguna de las dos les sorprendió cuando sus manos por fin estuvieron juntas. No había cuentos que relataran eso, pero ellas no lo sintieron como algo malo. Al menos, cuando el sol pegaba en los ojos de la otra y un cosquilleo acariciaba sus estómagos, nada se sentía incorrecto.

Si juntas se sentían tan libres, ¿por qué ocultarlo a los demás? La bruja había dejado de tener miedo y la princesa sentía el deseo de gritarle al mundo entero que estaba enamorada.

¡Cómo le gustaba la bruja cuando le regalaba flores, cuando peinaba su cabello, cuando bromeaba, cuando cantaba, cuando recolectaba cosas y cuando bailaba a un ritmo incompromiso! Su amor era enorme, demasiado grande para estar guardado en una torre.

Así que un día fueron al pueblo a comprar algunas cosas, a pasearse por la biblioteca local y a visitar a su amigo caballero. La gente no veía, todos estaban en sus propias vidas como para notar que dos chicas se estaban tomando de la mano. Hasta que pasaron por un local y el dueño las vio. No era algo común, eso estaba claro, pero ninguna mirada de las personas curiosas que alcanzaron a notarlas se había sentido tan intensa como la de ese señor. La bruja no se había dado cuenta, hasta que sintió la falta de la mano de la princesa. Volteó a verla, no entendía exactamente qué había pasado, cuando notó que la princesa tenía la cabeza agachada.

Algo estaba mal y, si de una cosa estaba seguro el cuento, es de que ellas no eran lo equivocado.

La bruja la envolvió con sus brazos y hasta ese momento se dio cuenta de la mirada del señor, quien, después de mantener su atención en ellas por un rato, entró a su local y cerró la puerta.

¡Cómo le gustaba la bruja! Lo reafirmó cuando sintió su calor envolviéndola, desapareciendo el frío que en un momento se había formado en su cuerpo.

Siguieron caminando con las manos enlazadas, a pesar de las miradas parecidas a la del señor. Siguió juntas.

Al llegar a la plaza central del pueblo, donde habían quedado en verse con el caballero, una chica las señaló. Su argumento: eran dos mujeres tomándose de la mano.

Afirmó que ella no tenía problemas con que una mujer quisiera a otra mujer, pero que su disgusto estaba en que no le gustaba que se demostraran afecto en público, que para eso tenían lugares a solas, y que, en ese lugar, en medio de la plaza donde todos podían verlas, tomarse de las manos no era lo más correcto.

La princesa sintió frustración, pues las veces en que fue al pueblo tomada de la mano con un chico nunca sintió esas miradas





pesadas y ninguna persona les había negado demostrarse cariño de esa forma, pues en esas tierras, enlazar las manos con alguien era prueba de amar.

Si se sentían libres al verse a los ojos y pronunciar sus nombres, ¿por qué sentían esa presión en el pecho cuando alguien las miraba y pronunciaba palabras hirientes?, ¿por qué tenían que sentirse así?

Si se sentían tan bien tomando la mano de la otra, si estaban tan seguras al decir que se gustaban, que se querían, ¿por qué algunos querían que se escondieran?

¿Por qué no leían ese cuento con la misma sensación que ellas tenían al vivirlo? ¿Por qué el trato del panadero fue diferente después de verlas compartiendo una baguete? ¿Por qué de pronto eran el centro de esa plaza?

La chica dejó de señalarlas, pero ya todos sabían quiénes eran. Ya las habían reconocido y los cuchicheos no tardaron en llegar.

La princesa aflojó el agarre, pero la bruja apretó más. Respirar bajo su vestido azul se le empezó a complicar, y sus ojos, los hermosos ojos marrones que tanto le gustaban a la bruja, se empezaron a nublar. Volvió a abrazarla, pero el cielo se llenó de nubes grises, furioso por el comportamiento de algunos pueblerinos.

Los truenos ahogaron los pequeños sollozos de la princesa y el frío congeló las lágrimas en los ojos de la bruja, haciéndolos brillar con una luz dolorosa. El cuento sabía que no era justo, el cielo lloraba por ellas, y el caballero empezó a reclamar en voz alta:

—No tendrían por qué ocultarse. Si ellas son felices, ¿a ti qué más te da?

—¡Eso va en contra de lo que dicen los cuentos! —gritó un señor al otro lado de la plaza.

—¿Y acaso no puede haber nuevos cuentos? No están haciendo nada malo, sólo se están amando. Están en su libre derecho de amar —contestó nuevamente el caballero.

La mayoría de los pueblerinos se vieron entre sí, algunos sorprendidos, otros sin una expresión en específico.

—¿Sólo las defiendes porque son dos mujeres? —preguntó una chica desde un lugar que no lograron reconocer.

—No defiando la heterosexualidad o la homosexualidad. Defiando a dos personas que sienten, que tienen la libertad de amar a quien quieran.

—¡Patrañas! —se quejó otro señor, pero esta vez fue un joven quien lo calló con una señal de su mano.

—Defiando el corazón de la bruja, que independientemente de la persona por quien esté latiendo, sigue siendo el mismo corazón lleno de bondad y de ternura. Que sigue siendo la misma persona con acciones inocentes. Ella es amada aquí, ¿o acaso ya se les olvidó? Tiene el mismo derecho de amar a quien quiera —dijo el caballero, generando más seguridad en las chicas.

Por la plaza se escucharon gritos de aprobación, personas que coreaban cosas como “¡Eso es!”, “¡Así se habla!”, “¡Vamos, tú dilo!”, “¡Yo las apoyo!”.

—¿Y qué hay de la princesa? —preguntó una señora.

—La persona que ame no cambiará lo que es. Ella seguirá siendo la misma persona, y estoy seguro de que no tiene malas intenciones. Es su corazón y ella decidirá por quién late —contestó con más tranquilidad el caballero.

Era real que no para todos sería sencillo, pero ambas sabían que no estaban solas. La gente del pueblo lo estaba demostrando.

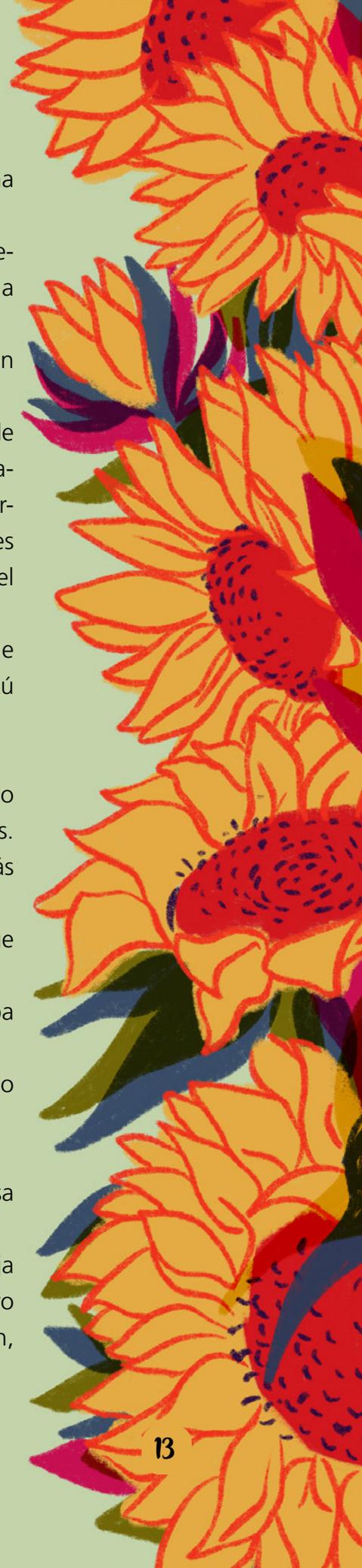
La bruja abrazó con más fuerza a la princesa. ¡Cómo le gustaba ella!

Por la plaza se escucharon aplausos y, aunque no todos lo pudieron ver, el caballero estaba sonriendo de orgullo.

El cielo cayó en llanto. El cuento se emocionó.

La princesa se sintió otra vez protegida, se sintió como en casa con la bruja. ¡Cómo le gustaba ella!

Para algunos, el tema de que en el pueblo hubiera una pareja entre chica y chica seguía siendo hasta cierto punto algo tabú. Pero poco a poco lo fueron aceptando. Las aceptaron tal y como eran, así como ellas se amaban.





Después de unos años, anunciaron a sus amigos del pueblo que se casarían, y la fiesta organizada fue de las más grandes escritas alguna vez. Fueron novedad en reinos más amplios y tomadas como ejemplo de libertad.

El caballero encontró que hablar con muchas personas y enseñarles sus conocimientos era algo que disfrutaba hacer, así que empezó a dar clases en una escuela del pueblo, donde conoció a una maestra y poco tiempo después de casarse, tuvieron un niño. Su mente inocente nunca cuestionó por qué las grandes amigas de su papá eran pareja, pues él notaba que se querían con la misma intensidad que describen los cuentos de hadas, y eso era todo lo importante para él.

La bruja y la princesa se quedaron en la cabaña del bosque, donde vivieron con su oso, que compartía nombre con el hijo del caballero. Pasaron ahí un par de eternidades, juntas, viviendo felices por siempre.

Nadie hubiera imaginado que el caballero impartiría clases en las que hablaría de las familias homoparentales y educaría para hacer ver la realidad: tienen el mismo derecho de amar, porque el amor no conoce de géneros. Ese pensamiento se expandió, y los propios padres educaron a sus hijos para aprender a amar, a recibir el amor con el que estuviesen cómodos y a respetar el amor de otros.

Pues se siente cuando un amor es tan fluido, tan sincero, tan bonito, que ese cuento se tiene que leer de la misma forma.

Con un girasol en mano y un listón en la cabeza, todo el bosque ha brindado. El cielo azul gritó: "¡Por la libertad!", y las estrellas observaron sus manos entrelazadas por un par de eternidades.

Definitivamente, su amor era muy grande para guardarlo en una torre.

Ella nunca dudó, pues en su mente siempre estuvo cómo le gustaba ella.





Segunda categoría
Segundo lugar

La noche que murió la seguridad

Karen Amayrani Osorio Morales

Hola, me presento: soy Mariana, una adolescente que vive en las periferias de Iztapalapa y, aunque me gustaría decirte que mi historia es de ficción y fantasía, las cosas no son así para las personas, niñas y niños que vivimos en zonas de alta inseguridad. La mayoría de las personas que viven en zonas mejores no se atreven a venir a visitarnos. Aquí uno se acostumbra a todo, ¡literalmente a todo!, y creo que ése es uno de los principales problemas.

Para no hacer la historia más larga de lo que es, te contaré un poco más de mí: soy estudiante de secundaria, me encanta la escuela y, contrario a lo que la mayoría siente, me gustan mucho las matemáticas. Mi familia y yo estamos acostumbrados a pasar mucho tiempo juntos, somos muy cariñosos y nos gusta demostrarnos lo que sentimos unos por los otros, así que desde pequeña he estado acostumbrada a vivir con mucho amor.

Mi mamá se llama Sandra y mi papá, Julián. Tengo una hermana. Es más pequeña que yo. Se llama Mar. Mis abuelos viven en nuestra casa y antes solíamos vivir con mis tías y primos. ¡Somos una gran familia!

Pero, como mencionaba al comienzo, no solamente han existido días buenos a lo largo de nuestras vidas. Estamos acostumbrados



a lidiar con todo. Es duro descubrir que no todas las personas son buenas y que existen a quienes no les importa absolutamente nada con tal de conseguir sus propósitos. No obstante, lo lógico es que uno se dé cuenta de ese tipo de situaciones cuando comienza a vivir su vida adulta, y nadie espera que una niña de ocho años lo descubra así, de repente, en medio de una noche de agosto, a punto de entrar a tercero de primaria, con útiles y mochila lista.

Antes de seguir contando, quiero que sepan que esta historia no sólo trata sobre mí, trata sobre todos los niños a los que la inseguridad de nuestra colonia y de nuestra alcaldía los ha obligado a crecer prematuramente, a querer salir de este lugar lo más pronto posible, a buscar escapar.

Esta historia es acerca de todas esas personas que hoy ya no están para contar sus propias tragedias. Esta historia es para dar a conocer lo que es vivir en Iztapalapa a usted lector, que nunca ha pisado por aquí. Es un grito de auxilio para detener la situación que estamos viviendo. Quizá estoy sonando demasiado dramática; pero, si ustedes hubieran vivido lo que yo viví, les aseguro que no podrían contarlos de otra forma.

Tenía ocho años, como ya mencioné, una niña de esas que parecen perfectas: buenas calificaciones —con pequeños tropiezos, pero nada que no pudiera solucionarse—, cariñosa con su familia, entregada a lo que amaba. ¿Qué podía salir mal?

Esa noche, la casa estaba impregnada de un aroma a plátanos fritos. En la tele, el noticiero con Javier Alatorre sonaba de fondo. Mamá me preguntó: —Mari, ¿estás emocionada por entrar a tercero de primaria?

A lo que yo respondí:

—¡Pero claro que sí! Ya tengo todos mis útiles listos y estoy emocionada por ver a mis compañeros de nuevo. ¡Ya hasta los extraño!

Terminando de cenar, yo sabía que debía irme a mi habitación, porque había llegado la hora de dormir. Dije:

—Hasta mañana, mamá. Me avisas cuando llegue mi papá. Te amo. Buenas noches.

Y ella respondió:

—Sí, hija; ya no ha de tardar. Sabes que cuando llegue, te dará un beso de buenas noches. Descansa tranquila.

Cerré los ojos, dispuesta a dormir profundamente y a estar lista para vivir el día siguiente, pero a veces la vida cambia en un instante; a veces un error del pasado, un coraje de toda la vida, acaba con la seguridad de toda una familia. De pronto, escuché a mi madre:

—¡Hija, ven, agáchate! ¡Acuéstate en el suelo, mi amor! —me decía con mi hermana en brazos, mientras trataba de gritar por la ventana, con la esperanza de que una vecina la escuchara.

Yo, aún medio adormilada, no sabía lo que estaba pasando, e inmediatamente empecé a sentir una sensación de peligro, pero no sabía exactamente de dónde venía. Seguí sus instrucciones e hice lo que me pidió, pero apenas estaba en eso, cuando la puerta de nuestro cuarto se abrió de un golpe, era mi papá:

—¡Mami, trae a las niñas al patio, por favor!

En ese momento no lo sabía, pero ahora lo sé: mi mente colapsó. Cuando caminamos hacia el patio, había varios hombres vestidos de negro con armas, diciendo groserías y preguntando por dinero. En aquel lugar ya se encontraba toda mi familia: mis abuelos, mis tías; todos nos encontrábamos reunidos ahí.

Los siguientes minutos de la noche, creo que fueron bloqueados de mi memoria, o quizá de un tiempo para acá preferí no pensar demasiado en ellos sino concentrarme en sanar. Lo que les debe quedar claro es que, después de eso, yo no volví a ser la misma.

Algo de lo que sí recuerdo es que, cuando todo había pasado, se escucharon unas sirenas a lo lejos. Todos los que nos encontrábamos aún en el patio murmuramos: —¡Ya para qué!

En mi ilusa cabeza de ocho años, cuando abrieron la puerta para que entrara el policía y nos preguntara qué había pasado, salí corriendo a decirle:

—¡No estuvieron cuando los necesitamos, ahorita ya para qué vienen!— Cuando todo pasó, decidimos que debíamos dormir un poco. Pocas han sido las noches como aquella. Recuerdo que sentí como si



se hubiera repetido lo que sucedió al menos unas cuatro veces dentro de mis sueños, con variaciones en la historia. Al final de cuentas, pareció como si hubiera permanecido despierta durante toda la noche.

A la mañana siguiente, mi cabeza estaba llena de preguntas: ¿Por qué? ¿Por qué a nosotros? ¿Qué hicimos para merecer esto? ¿Y ahora qué haremos? Comenzaron a llegar familiares y amigos, pero en mi mente sólo se encontraban esas preguntas.

Los adultos creyeron que no era necesario darme explicaciones por ser una niña, pero mi yo de ese entonces moría por que alguien le hubiera explicado lo sucedido. Y así, mis queridos amigos, la vida siguió, porque sabemos que nunca nada se detiene, que uno tiene que limpiarse la cara, intentar sacudir la mente y continuar adelante.

Las siguientes semanas fueron muy feas. Cada noche me sentaba en la orilla de la cama abrazando a mi mamá mientras lloraba, y le preguntaba: “¿Y si hoy vuelve a pasar lo mismo?”. Ella, con tono protector, me tomaba de las manos y me prometía que nada de eso volvería a suceder, pero era difícil de creer: el lugar donde una niña debía sentirse segura, su casa, le había sido robado de la nada, y lo peor era que nadie había hecho nada para defenderla, nadie se inmutó. Ningún vecino escuchó nada, nadie vio nada, todo mundo cerró ventanas y puertas, para hacer como si nada hubiera sucedido.

Algo es seguro, y es que desde ese momento, mi visión de todo cambió radicalmente. Sabía que lo que había sucedido en mi casa era algo que solía suceder en nuestra colonia, que la inseguridad dañaba la vida de las personas tanto como dañó la mía, y que lo peor es que con el paso del tiempo, termina siendo imposible de ver. A mí y a mi familia nos consta cómo las personas prefieren voltear la mirada y hacer como que no se enteran de lo que sucede, porque enfrentarse a la realidad es mucho más difícil.

Creo que incluso yo he decidido llegar a hacer eso porque, como mencionaba, desde el momento en el que el tiempo comenzó a pasar, me di cuenta de que mi meta en la vida era cambiar de casa, huir del lugar donde la vida me hizo tanto daño. Sin embargo, un

día mientras platicaba con mi mamá, camino a festejar el cumpleaños de mi hermana en una trajinera en Xochimilco, me dijo:

—Hija, escapar de la situación no hará que desaparezca. El problema no sólo está en nuestra colonia o en nuestra alcaldía, el problema está dentro de nuestro país. Solamente que hay sitios, como el nuestro, en donde que sucedan ese tipo de cosas es mucho más común.

Me quedé pensando en lo que me dijo. Los años comenzaron a pasar, y para bien o para mal, seguí creciendo y madurando. Tiempo después, pude comprobar lo que mi mamá me había dicho; ella tenía razón: las personas se han acostumbrado a vivir tanto en medio de la inseguridad, la contaminación, la desigualdad, que se olvidaron de la existencia de un mundo mejor.

No importa a quién le preguntes o cuestiones, cada vez que nos encontramos con una persona que tiene las ganas de cambiar la situación o que tiene ganas de generar un cambio o impacto, la sociedad mexicana lo ve como alguien fantasioso. Hasta parece como si hablara de teletransportarse o algo por el estilo... Aunque, pensándolo bien, hasta eso lo tomarían más en serio.

Puedo pensar que la solución ante este tipo de problemas o situaciones, a los que no sólo me enfrenté yo, sino que han tenido que enfrentar muchísimas personas más, sería que cada persona tuviera la preocupación por los problemas que se han desarrollado en su comunidad, y en vez de querer fingir no haber visto nada para no quedar “involucradas” por miedo a que les pueda pasar algo más, deberían tomar conciencia y pensar que lo que en un momento destruyó mi felicidad, pudo también haberles pasado a ellas.

Desde ese entonces, yo no volví a ser la misma, y ahora que me estoy atreviendo a abrirme y contarles mi experiencia, puedo decirles que la vida puede cambiar de un momento a otro por problemas que todos quisiéramos que no existieran en los lugares en los que vivimos. Pero, desafortunadamente, no los podemos cambiar de pronto, así que sólo queda enfrentarnos a los riesgos de donde nos tocó vivir y siempre tratar de hacer algo para que se les ponga un fin. Espero que algún día pueda vivir sin el miedo de que vuelva a suceder.



Segunda categoría
Tercer lugar

Esperanza

Danna Valeria Ramírez Moreno

Mi nombre es Esperanza. En la escuela y mi familia me llaman con cariño "Pera" o, cuando quieren notarse con más ternura, suelen decirme "Perita", lo cual me molesta, porque mi nombre representa mucha fuerza, poder y sobre todo *futuro*, y lo disminuyen con esos sosos apelativos.

En fin, yo me considero una adolescente normal de 13 años. Me gusta mucho la música y las redes sociales, en especial Tik-Tok, pues creo que lo mío es el baile, sobre todo las coreografías de moda. Me encanta vestir a la moda y estar al pendiente de las nuevas tendencias, y creo que sería una hermosa modelo. Actualmente curso el segundo de secundaria y también me gusta hacer reuniones de risas con mis amigas hasta causarnos calambres en la panza. Como ves, soy totalmente normal, o lo era hasta hace unas horas...

Quiero contarte lo que me sucedió hoy. Como todas las mañanas, me desperté y, de un salto, dejé la cama. En un momento minúsculo, apareció mi mamá para apurarme, y me descubrió mirándome aún al espejo: mi cabello largo y rizado en las puntas, tan brillante, tan castaño; mis ojos llenos de sol, que brillan como estrellas, enmarcados por unas largas y espesas pestañas; mi piel de durazno y mi sonrisa juvenil. Me alegró lo que veía en el espejo y puse una



brisa de mi loción favorita en mi cuello. Mientras, mi mamá se dio cuenta de que era tarde en un rincón de la tele, donde aparecía el reloj del noticiero matutino. Con cara de asombro me dice:

—¡Pera, métele velocidad a tus cosas, es tarde y no te dejarán entrar a la escuela! ¡En breve te preparo el desayuno!

En cuanto se metió a la cocina, escuché el movimiento de trastes y el ruido de la estufa mientras me cocinaba unos huevos, un café con leche y un pan tostado. De fondo, las voces alarmadas de los conductores del noticiero que anuncian nuevamente una balacera entre la Guardia Nacional y el narco en Sonora, y el caso de una chica de 20 años desaparecida en la Ciudad de México. Mientras escucho esto, me pregunto cuál será la descripción de mí si algún día desapareciera. ¿Alguien me buscaría? ¿Dónde sería el primer lugar donde lo harían? Pero, al mismo tiempo, me da horror y miedo pensar dónde puede estar esa muchacha y todas las que están reportadas como desaparecidas. No me gustaría desaparecer nunca... Me quedo un poco pasmada, de pronto reacciono al grito de mi mamá:

—¡Perita, está listo el desayuno! ¡Ven rápido que se hace tarde!

Me mueve la prisa y el delicioso aroma a café del desayuno. Tomo mis útiles escolares, devoro mi desayuno y voy corriendo camino a la escuela.

Cuando llego, casi están cerrando la puerta, y en la carrera por entrar, tropiezo con una piedra y me lastimo la rodilla derecha. Por más que grito “¡¡Esperen!!”, no me escuchan y cierran la puerta frente a mi cara, desencajada por haber llegado tan tarde, porque un tropiezo me quitó los dos minutos en los que pudiera haber cruzado hacia adentro de la escuela.

El haberme distraído tanto a la hora de levantarme me dejó como resultado un día con falta en matemáticas, geografía, español e historia; un día sin mis amigas Dany y Lili —sus chismes divertidos, sus risas explosivas— y una rodilla derecha sangrante, además de un discurso mañanero de por qué es importante levantarse temprano y ser responsables. Como oradora principal: mi mamá.

Pero, por otro lado, hoy no tendré que verle la cara de enterrador al prefecto, no soportaré los gritos histéricos de la tutora de “¡Avancen a su salón!” o “¡Nadie en el patio!”, además de que no aguantaré la clase aburrida de matemáticas o al fastidioso de Andrés que, en su insistente objetivo de hacerse el gracioso, se convierte, a mi gusto, en la persona más molesta del planeta.

Mientras pensaba en los pros y los contras de haber llegado tarde y no haber entrado este miércoles solar a la escuela, un hombre muy raro me observaba desde la esquina: alto, moreno, con un peinado extraño, como si se hubiera salido corriendo de la cama hacia la calle. Vestía una gabardina negra y larga, lo que lo hacía aún más extraño, pues siendo las ocho y media de la mañana, ya el calor apuntaba a que este día perdido en el mes de abril sería extremadamente caluroso.

Así que mi curiosidad no podía esperar. Lo observé con detenimiento. Cuando él volteó al mismo lugar que yo, nuestras miradas se encontraron y, no lo niego, su mirada perdida y misteriosa me dio mucho miedo, pero aún más curiosidad, así que me acerqué a él.

Un sexto sentido me decía “no lo hagas, no te acerques”, pero esas ideas no me detuvieron; simplemente no analicé lo que siempre me dicen mi mamá y papá: “Piensa, luego actúa”. Sólo me dejé llevar sin pensar en las probables consecuencias, y me da rabia pensar que pude haber evitado lo que pasaría. ¡Ojalá pudiera tener un poder extraordinario para regresar en el tiempo y no volver a vivir el mismo error!

En el momento en que el hombre de la gabardina negra volteó a mirarme, con su mano derecha hizo una señal de “ven, acércate” y yo inocentemente lo hice, me acerqué. Con una voz sepulcral, me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Esperanza —tímidamente y casi susurrando, contesté.

—¡Oye, qué casualidad, justo es lo que estoy buscando: *esperanza*! Tal vez tú representas eso que estoy buscando: una chica linda que sea el icono de una prestigiosa marca de ropa. Quiero conocerte más. Tú puedes ser una modelo famosa, mundialmente conocida y,





lo que es mejor, ¡ganar mucho dinero! ¿Qué opinas? Acompáñame, no es muy lejos, es un lugar donde estoy seguro de que te vas a divertir. ¡En cuanto mis amigos te vean llegar, sabrán que eres la indicada! Ellos son unos profesionales y seguro que comenzaremos una fiesta, porque hoy es un día celebre: ¡hemos encontrado la esperanza! —gritó emocionado.

De verdad me sentí muy halagada con todo ese discurso. Acepté acompañarlo, después de todo, pasaría un rato agradable y mi mamá no se daría cuenta de que se me hizo tarde y no entré a la escuela. Por eso contesté:

—Pues vamos, te acompaño.

En ese instante, sus ojos vacíos se llenaron de luz, porque sonrió emocionado; mientras caminábamos hacia el lugar desconocido, me dijo:

—Por cierto, mi nombre es Miguel.

—Mucho gusto, Miguel —contesté tímida—. Tengo mucha curiosidad de tu personalidad y forma de vestir. ¿Por qué usas gabardina negra en un día tan caluroso?

—Porque donde vivo siempre hay oscuridad —contestó muy seguro.

Con esa respuesta, mi corazón comenzó a latir como el motor de un auto de carreras, y sentí un vacío en el estómago y unas ganas de salir corriendo, pero ni ese presentimiento me hizo retroceder; simplemente continué caminando.

Después de caminar quince minutos por las calles aledañas a la escuela, llegamos a un edificio de tres pisos con una estrecha puerta y subimos hasta el tercer nivel. En cuanto llegamos a la puerta número 7, le dio tres golpes y en seguida se abrió. Una mujer de aspecto extraño estaba detrás. Su peinado estaba descuidado, su vestido lucía muy sucio, su maquillaje había sido regado por toda su cara como si hubiera llorado demasiado, y simplemente talló sus ojos con desatención.

En ese instante supe que lo que me esperaba no era nada divertido y quise dar un paso atrás, pero la mujer extraña jaló con fuerza mi brazo y Miguel empujó la puerta, asegurándola con varios seguros.

—¡Noooo! —grité desesperada.

Miguel corrió violentamente hacia mí y tapó mi boca de inmediato, susurrando a mi oído:

—Tranquila, es momento de la diversión.

De la bolsa de su abrigo sacó lo que parecían dos terrones de azúcar y continuó:

—Pruébalo. Endúlzate el momento. Con esto seguro se te pasa el susto.

Ni siquiera me dio tiempo de negarme, porque los empujó con fuerza a mi boca.

No pasó mucho tiempo cuando comencé a sentir sus efectos: era como irse a otra dimensión, caer por un vacío. Recordé el cuento de Alicia que leía en la primaria, quien, por correr curiosa detrás de un conejo blanco, caía, descendiendo lentamente por un túnel que no tenía fondo. ¡Sentía tanto miedo! ¡Quería gritar para que alguien me ayudara, pero era demasiado tarde!

No sé cuánto tiempo duró esa sensación de caer por un vacío. No entiendo si pasaron minutos, horas o hasta días, pero, en cuanto caí, el golpe me hizo despertar. Quise ver qué había a mi alrededor y sólo vi oscuridad. Con mucho trabajo traté de identificar qué era ese lugar. Se sentía frío y lo único que escuchaba era el goteo de una llave de agua descompuesta. Recordé las mañanas con el olor a un hogar cálido y acogedor, la imagen de mi rostro en el espejo, y me causaba un dolor insoportable, como una estaca en la garganta.

Siento que mis brazos están más delgados. Mis labios se sienten secos, tengo mucha sed. ¡Ojalá pudiera tener fuerzas para gritar y pedir ayuda!, pero todo es inútil. Muy a lo lejos observo un tímido rayo de luz por debajo de una puerta. Trato de desplazarme hacia allá. Extrañamente, soy mucho más pequeña, casi minúscula. El miedo me invade... ¡Así de diminuta nadie podrá encontrarme! De un salto casi mortal, bajo del sillón mal oliente donde me encuentro y me doy cuenta de que, sobre la frente, tengo una especie de radar con el que puedo medir las dimensiones por donde camino.





Nuevamente, el miedo y la ansiedad se apoderan de mi cuerpo. Noto que puedo correr y escabullirme debajo de los muebles y rápidamente me escapo por debajo de la puerta. Primero paso por la sala de estar, donde todo este terror comenzó. Afortunadamente no hay nadie ahí, así que corro más rápido que nunca, aunque el paso por ese lugar es tan inmenso para mi nuevo tamaño, que siento que tardo años luz para llegar a la salida. Pero sé que lo voy a lograr y me apresuro con mucho esfuerzo; así que, escondiéndome entre las pelusas, el polvo y las patas de los muebles, logro llegar a las escaleras.

¡No puede ser, estoy muy cansada! Me doy un descanso en el pequeño agujero entre el barandal de la escalera y un escalón descuidado. En cuanto recupero el aliento, sigo bajando poco a poco cada escalón. Tal vez en este pequeño avance llevo muchos meses.

Aún no lo entiendo.

En cuanto llego a la calle y vuelvo a ver el sol, siento que una breve lágrima se derrama por lo que alguna vez fue mi mejilla color durazno y que ahora sólo se siente como una coraza que protege mi débil y diminuto cuerpo. No es fácil comprender esto, pero ahora puedo darme una idea de dónde se encuentran las chicas reportadas como desaparecidas...

Al llegar a la puerta de cristal de un consultorio médico, que refleja como un espejo los rayos del sol, noto que mi imagen casi no se ve, que es muy pequeña. Doy un suspiro de miedo y al mismo tiempo me impresiono... Soy una, una... ¿Cucaracha?! ¿Un escarabajo?! No logro distinguirme. Lo único que sé, es que no me parezco en lo absoluto a la bella adolescente que, hasta hace unas horas, días o meses, era yo.

El peligro me acecha. Soy muy indefensa y pequeña. Me doy un minuto para analizar lo que está sucediendo y, misteriosamente, me encuentro en la puerta de la escuela. Veo a mi mamá y mi papá colocar mantas moradas con mi nombre. Mis amigas Dany, Lily y hasta el molesto de Andrés colocan la *selfi* que usé en mi perfil de Instagram; ellos saben que es mi favorita. Justo al lado de mi foto,

hay una ficha con mi nombre y características personales. Los noto tristes y muy cansados.

¡No es posible, siento tanta desesperación y quiero gritarles que no lloren, que dejen de buscar, que estoy aquí, justo en el piso! ¡Por favor que alguien me ayude! Ahora comprendo que hay equivocaciones que no podemos dejar que pasen, no debemos ponernos en situaciones de riesgo, porque cualquier desconocido puede hacernos invisibles.

Recordé que, no muy lejos, estaba la estación de policía, y quise correr para advertir que ahora me encontraba en esa forma, pero que realmente era esa muchacha desaparecida. En cuanto llegué al lugar, me aferré a la agujeta de las botas del oficial López. Me sorprendí cuando, escondida ahí, escuché que hacía tres días no se sabía mi paradero. De verdad que grité con fuerza “¡Aquí estoy!”, pero no me escuchó.

El comandante López tal vez no tiene y no conoce las herramientas para buscarme siendo tan pequeña.

Para mi suerte, apareció la oficial Carmela. Me alegra verla; la conozco, porque la admiro y la saludo cuando hace guardia en la puerta de la escuela y la noto preocupada por mí. Le explica al comandante López que tome una lupa con una graduación mayor y especializada, ya que con ésta verá desde una nueva perspectiva que le hará más fácil mi búsqueda y la de otras muchachas. Él se sorprende y pregunta:

—¿Cómo es eso?

—Se llama *perspectiva de género* —ella le responde.

Cuando el oficial comprende, toma la lupa de la oficial Carmela, mira hacia su zapato y... ¡Sorpresa! Miro su gigantesco ojo y él me mira con extrañeza, pero da un zapatazo en el suelo para que yo desaparezca de su bota. Corro a refugiarme tras la escoba, pero la señorita que limpia me sacude en el bote de basura. Me pongo muy triste. Por un momento creí que el oficial me rescataría, pero aún le hace falta comprender las cosas nuevas que verá con la lente de esta poderosa lupa: sin lugar a dudas, el oficial López aún cree que las muchachas desa-





parecidas salieron de su casa huyendo con su novio o seguramente andaban en malos pasos, por lo que entonces ellas son culpables.

Lo escucho decir en voz baja estas frases y por un momento creo que estoy congelada.

Lo miro desde el piso hacer una bolita con un papel al que no le da importancia, y la avienta hasta el cesto de la basura. Me escondo rápidamente en ese papel, donde se apreciaban las características y la foto de otra muchacha desaparecida. El viento me arrastra y vuelvo a la entrada de mi escuela.

Cuando siento que todo está perdido y que en cualquier momento un pie descuidado me aplastará, me acurruco en la punta de un tallo de pasto del jardín de mi escuela. Mientras una leve brisa nos mece, recuerdo cuando mi mamá me abrazaba con paciencia y cariño. Nuevamente siento que voy a derrumbarme. La rabia vuelve a mí. ¡¿Cómo pude ser tan tonta?! ¡¿Qué ganan esas personas en convertir muchachas en insecto?! Tal vez con ese tamaño, tan invisible, les sea más fácil venderme como un objeto fantástico en esas ferias tradicionales donde se divierten con el morbo.

Mientras estoy ensimismada en estas reflexiones, recuerdo que, a pesar de mi diminuta existencia, soy fuerte, que no me dejaré vencer, que soy valiosa y lucharé por no ser invisible. Creo que este es el mayor momento en el que la fe regresa a mi pensamiento. En un instante, un ventarrón me avienta a varios metros de distancia. ¡Uf, el golpe fue muy fuerte! Me siento adolorida y creo que el golpe fue en la cabeza. Mientras reacciono, vuelvo a sentir cómo mi cuerpo y mi tamaño vuelven a la normalidad.

¡Es increíble, no lo puedo creer! Me siento aliviada, me encuentro nuevamente al lado de donde tropecé esa fatal mañana en la que me lastimé la rodilla. Abro despacio los ojos y noto que tengo un círculo de personas a mi alrededor: ahí está Andrés, Dany y Lily, entre otros compañeros de clase. Son mis amistades, mis maestros y maestras; inclusive mi papá y mi mamá. La oficial Carmela y todos tienen una cara de susto, soy parte de ese círculo, soy importante para estas personas y también ellas para mí.

—¿Estás bien? —pregunta Dany.

Yo no sé qué contestar, aún me siento confundida. Simplemente la abrazo con fuerza y me ayuda a levantarme. Creo que el golpe fue más fuerte de lo que pensé. Siento como que ha pasado mucho tiempo que no estoy aquí, aunque me han aclarado que fue sólo un momento, pues caí con fuerza y perdí el conocimiento.

Mientras volteo la mirada hacia la esquina, observó gritonear a Miguel y a la mujer que lo acompañaba aquel momento de terror, pues estaban siendo aprendidos por la oficial Carmela y el comandante López: encontraron evidencias que los involucraban con el delito de trata de personas. Entre las personas rescatadas se encontraba la muchacha de 20 años que en el noticiero se reportaba como desaparecida.

Me sentí confundida, no entiendo cómo es que fui cayendo lentamente en esa pesadilla. Considero que todas las niñas y mujeres somos tan vulnerables como ese diminuto insecto.

Hoy entré a la escuela y más que nunca puse mi mejor esmero en aprender y valoré a mis amistades y maestros. Cuando el timbre anunció la salida, suspiré aliviada. En la puerta, la oficial Carmela me dirigió una sonrisa. Yo levanté la mano en señal de saludo. Ahora ella es mi heroína. Cuando pasé a su lado, escuché que le comentaba a la directora de mi secundaria que debe haber un protocolo para protegernos y recomendar a nuestros padres varios puntos importantes, y terminó diciendo:

—Es importante que nadie falte en casa.

Yo siento un gran alivio, porque ahora sé que no estoy sola: la obligación de protegerme es de mis padres, de mí misma, de la dirección de mi escuela, de mis maestros y de las autoridades de la alcaldía.

Las recomendaciones de la oficial Carmela fueron: cuidar lo que publicamos en las redes sociales, procurando no dar detalles de nuestras rutinas y ubicaciones diarias; acompañarnos de un adulto a la hora de entrada y salida de la escuela; memorizar y tener a la mano el nombre completo y número de teléfono de las personas que nos pueden ayudar en caso de emergencia; y sobre todo, no





confiar en extraños, aunque nos ofrezcan muchas cosas maravillosas, nos llamen por nuestro nombre o den señal de que de verdad nos conocen.

Después de escuchar esto, fui con gran entusiasmo a mi casa. Le conté lo que acababa de escuchar a mi mamá, que me esperaba con un rico y calentito plato de sopa, con una sonrisa y un cálido abrazo. Entiendo que nuestro vínculo familiar es muy sólido y una de nuestras mejores fortalezas: podrá vencer cualquier obstáculo. Ahora comprendo que, aun siendo pequeña, soy importante, que lo que significo para mi familia y quienes me rodean es una gran *esperanza*, por eso mi nombre me representa.





Tercera categoría
Primer lugar

Hubiera

Rocio Hernández Bautista

Estoy en casa. Sentado en el sillón. Nada relevante. Estar en casa es verdaderamente aburrido. Lo único que puedo hacer es nada, jugar con un videojuego. Lo enciendo. Juego un par de rondas, estoy a punto de ganar o al menos de intentar hacerlo; soy malísimo en ellos pero, por alguna extraña razón del destino, hoy no lo hago tan mal.

De repente, los perros comienzan a ladrar. Intento ignorarlos, pero ladran con desesperación. No hay problema, puedo evitarlos (a pesar de que el ruido sobrepasa el aparato que traigo en las orejas).

En mi intento de calma, siento una fuerza antes de que impacte en mi cabeza...

—¡Ve a ver por qué ladran! —dice mi hermana quitándome los audífonos.

En un mal movimiento por el susto, presiono un botón que no era. He perdido.

—¡Mira nada más! ¡¿Y por qué no vas tú?!, también tienes pies.

—Porque yo te estoy mandando, es tu responsabilidad, ve a ver.

Gruño, pero no planeo pelear con ella. Me resigno y camino rápidamente a la puerta. Los perros aún ladran.

Ya sin los audífonos puestos, puedo escuchar a la gente corriendo por la calle. Sus pasos son rápidos y pesados. Miro a la ventana. Los perros ladran a las personas, que pasan una tras otra hacia la misma dirección como una manada de vacas que acaba de escapar. Salgo hacia el patio. No entiendo nada. Escucho la campana de la iglesia. ¿Qué rayos está pasando?

Veo la casa de la vecina, de donde todos, al igual que los demás vecinos, salen corriendo. Los observo. No me atrevo a preguntar lo que ocurre, pero espero una respuesta.

Uno de ellos me mira; quizá se da cuenta de mi cara de confusión y susto. Agitado y sin dejar de caminar, apenas me mira y abre la boca:

—Hay un niño muerto en el río...



El aroma de las velas inunda la habitación, el olor de las flores blancas mojadas apenas se siente. Amargo.

En el féretro yace un niño. Aunque es más bien un adolescente. Me acerco. Lo observo.

Kevin. Teníamos la misma edad: 15 años. Cursábamos el tercero de secundaria, pero hace unos meses que no iba a la escuela.

Ojos cerrados. Boca cerrada, aquella con la que alguna vez pude hablar. No éramos cercanos, apenas lo conocía; a pesar de ir en el mismo salón, casi no hablábamos. Alguna vez le presté la tarea, pero nada más. Era un buen tipo, extrovertido. Siempre tenía una sonrisa para todo el mundo, pero no ahora.

No se ve azul o hinchado, a pesar de haber estado en el río. Se podría decir que tiene un mejor aspecto que el que tenía la última vez que lo vi.

Me alejo de la caja.

Es bastante incómodo estar dentro. No lo soporto. Camino a las sillas del patio. Cerca, veo a su madre. Normalmente los familiares siempre están rodeando la caja, pero, al parecer, no quiere

estar tanto tiempo ahí. Una mujer tranquila, de apariencia cansada. Acaba de perder a su único hijo.

Me siento en el patio. Ahí alcanzó a escuchar a un grupo de vecinas y vecinos.

—¿Pero qué le pasó? —pregunta uno.

—Dicen que se ahogó en el río, ¡pero si no está profundo!

—Estaba drogado —contesta otro, que al parecer sabe más del tema—. Se metió demasiado, cayó al agua y ya no pudo salir.

Mi mente para en seco: “sobredosis”.

Ya hace algún tiempo se le veía en la colonia rondando solo, a veces, incluso, hablando y dando manotazos en la oscuridad. Se rumora que se había metido a robar, pero eso no lo sé de buena fuente.

—Hubieran cuidado mejor a su niño —dice un vecino borracho.

—Me imagino que no era fácil, aunque meterlo a rehabilitación le hubiera funcionado.

Todos siempre lo habían visto. De hecho, se comentaban las veces en las que lo habían visto como tal drogándose. Pero nadie hizo nada. Sólo temían por su seguridad.

—Siempre se sentaba ahí en las piedras, decía que andaba hasta arriba —se ríe uno.

—Una vez me ayudó a cortar mangos, se subió hasta arriba. Creo que con el “periquito” no sentía miedo —añade otro.

Muchos siguen hablando despreocupadamente y compartiendo experiencias.

—Habría sido mejor meterlo nosotros... Era un niño —alguien habla lamentándose.

—Era mucha responsabilidad; les correspondía a los padres, pero ya ves...

En mi mente aparece la vez que lo encontraron durmiendo a media calle y nadie lo quería mover. O cuando alguien habló sobre él en una junta acerca del robo que, al parecer, había cometido: nadie quiso dar parte a las autoridades, porque no querían meterse en líos con la familia y los otros vecinos. Así que, se guardó para el silencio eterno.

Según recordaba, no era una mala persona, pero conforme aumentaba su adicción, había cambiado.

A pesar de todo. Nadie hizo nada para evitar lo que pasó.

Así pasa la noche, entre llantos y murmullos, entre lo que se hizo y lo que no, entre la culpa y la inocencia.



Prefiero no ir al entierro. En vez de eso, yo abriré la tienda de mi mamá y mi familia irá.

Camino lentamente, aún aturdido por lo que pasó.

Para llegar al negocio hay que pasar por el río. Sí, el río donde encontraron a Kevin.

Llego. Está solo, calmado. Se puede escuchar a las aves en los árboles, el viento soplar entre las hojas y el dulce flujo del agua sobre las rocas de río.

Recuerdo haber visto a Kevin varias veces aquí.

Hubo una ocasión en la que pasé cerca de su casa. El ambiente, a pesar de no haber estado dentro, se notaba horrible. Atravesé su calle y pude oír los gritos de su padre a su madre y las arcadas que después daba debido al alcohol. Las amenazas que soltaba y los insultos que recibía se podían escuchar claramente.

No siempre era necesario estar tan cerca para notarlos: durante las noches, cuando todos debían estar durmiendo, podías escuchar los gritos de aquel hombre que amenazaba a su mujer. Muchas veces temimos por su vida. En esa ocasión yo lo hice, y también temí por la mía si es que él salía a la calle.

Seguí mi camino y, llegando al río, encontré a Kevin. Estaba cerca de un árbol, mirando un punto muerto, perdido en sus pensamientos.

Aquel lugar transmitía mucha paz, aunque, al parecer, a Kevin no le era suficiente para conseguirla...

El lugar era tranquilo, calmado, relajante, aunque ahora había demasiado ruido.

El viento soplaba. Pude ver cómo la hierba se movía de un lado a otro, cómo las hojas comenzaban a caer y cómo las que ya estaban secas caminaban en el piso, con el ruido tan melodioso que hacen al moverse. Me detuve a escuchar brevemente aquella canción, aunque después me pareció escuchar un pequeño sonido que le quitaba la armonía a toda la orquesta de la naturaleza.

Bailando cerca del río había un cristal roto, esférico, quemado, cubierto con hojas.

Me paré en seco a observarlo. Miré alrededor. No había nadie. Arranqué unas hojas de papel de una libreta, lo tomé con cuidado y lo metí en la mochila.

Seguí observando el agua. No tenía más de 20 centímetros de profundidad y, aun así, alguien se ahogó en ella. Comencé a caminar.



Pensaba en las palabras de los vecinos: “hubiera...”.

“Hubiera...”

“Hubiera...”

“Hubiera...”

Algo me despierta de mi trance.

—¡Buenas! ¡Buenas! ¡Buenas! —grita una señora desde el mostrador.

Me levanto corriendo del suelo, cerca del estante donde acomodaba jugos.

—¡Una disculpa! En serio, perdón —respondo.

—Llevo rato hablándote.

—Sí, perdón, perdón, estaba un poco distraído.

—Bueno, cobra este foco —Lo sostengo. No digo nada y simplemente lo paso por el lector. La mujer sigue hablando.

—Dicen que uno se puede drogar con esto; según que un niño, como tú, ya se murió —hago una pausa en silencio.

—Sí, he escuchado —no digo más. Cobro y se va.

Me dirijo lentamente a mi mochila.

En mi mente aún retumban esa palabra: “hubiera...”.

¡Hubiera, hubiera, siempre hubiera! Como si eso fuese a cambiar una situación. Como si, diciéndolo en algún universo desconocido, esa palabra cambiara el rumbo de lo que pasa en éste. “Hubiera...” Porque el ser humano siempre se queda lamentándose por lo que pudo haber hecho y simplemente no hizo; porque no fuimos lo suficientemente valientes como para cambiar el rumbo cuando se podía.

“Hubiera...”

“Hubieras”, porque no hiciste; “no hubieras”, porque lo hiciste.

“Hubiera...”

En un mundo donde todos pueden hacer algo y no hacen nada. Por miedo, por pena, por flojera...

Quisiera enojarme con todos, porque todos vimos y no hicimos, porque todos fuimos testigos y lo negamos. Pero no puedo.

Porque, a pesar de todo, no pude hacer algo tan simple; porque, aun habiendo visto a Kevin en el río, con la vista perdida fumando algo, no entendí.

Porque, aun cuando mi padre me habló sobre cómo se consumía el cristal y haber entendido lo que hacía Kevin con aquel encendedor y el foco que cada noche iba a comprar, no se lo negué.

Sé que hay más tiendas, pero por simplemente ganar un par de pesos más, ahora recae sobre mi cabeza.

Metó la mano en la mochila. Abrió el papel y contempló aquel foco vendido la noche anterior a un Kevin cansado, desnutrido y con pupilas dilatadas.

Lo arrojó a la basura.

En mi mente, resuena una sola frase:

“Ojalá yo no hubiera vendido ese foco”.





Tercera categoría
Segundo lugar

Para luchar no hay edad

Naela Jimena Mejía Terán

Después de un día muy ajetreado en la escuela, Lucía caminaba por su colonia hacia casa, acompañada de su hermano, absorta en sus problemas. Pensaba en cómo hacer las tareas que tenía que entregar la mañana siguiente, en su novio, en su mejor amiga, en el acosador del salón, en el fastidio en el que se había convertido regresar a casa acompañada de su hermano.

De pronto, hubo algo que llamó su atención y que despejó su mente durante unos momentos: observó que, en la acera de enfrente, por la que debía cruzar para llegar a su casa, había un camión del que descargaban material de construcción. Además, había obreros comiendo, lo que les impedía el paso. Aun así, cruzaron la calle. Tuvieron que pasar junto a los autos y, en un momento, tuvieron que subirse a la banqueta, o donde debería estar, ¡pues ya no había banqueta!: acababan de levantar el concreto, y por ello, cada que alguien pasaba por ahí, se levantaba una densa nube de polvo.

Mientras sorteaban los obstáculos de la calle, se percató de un sonido como de cascada, como el agua que corre cuando dejas la llave del grifo abierta. Se le hizo muy extraño. No sabía de dónde venía ese ruido. Se detuvo en seco y volteó a su alrededor. Dirigió

su mirada al suelo e intentó guiarse por su oído para encontrar la fuente de aquel sonido. Entonces vio que, de una manguera que provenía de la construcción, caía una cascada de agua que iba a parar a una coladera.

Lo que vio le causó enojo, y pensó: “¡Qué mal que desperdicien tanta agua!”. Se hubiera quedado más tiempo viendo lo que sucedía en la construcción, pero su hermano, Mario, la jaló del brazo y le dijo que caminara, porque se les hacía tarde y su mamá los esperaba para comer.

Ya en casa, en la sobremesa, después de la comida, Lucía comentó lo que había visto, y su madre le dijo que desde las nueve de la mañana que ella había pasado por el mismo lugar, había observado lo mismo. Ambas supusieron que desde esa hora se estaba tirando el chorro de agua cristalina directo a la coladera.

Antes de irse a dormir, mientras se lavaban los dientes, Lucía le dijo a su hermano:

—Oye, Mario, ¿no crees que es realmente grave lo que están haciendo en la construcción? ¿Te imaginas a cuántas casas podría llegar toda esa agua? ¿Sabes cuántos litros podría...

—¡Ya cállate! —interrumpió Mario molesto e impaciente—. ¡Ya llevas como seis horas pensando en eso! ¡No te claves, hermanita! Además, ¿tú qué puedes hacer para solucionar eso? Ya ves que todas esas construcciones le dan un varo al alcalde para seguir construyendo a gusto y sin restricciones. ¡Hasta crees que esos corruptazos le van a hacer caso a una niña flaca, jodida, prieta y fea como tú! ¿Te imaginas cuánto dinero les dieron a todos esos funcionarios para obtener el permiso para construir ese megaedificio de departamentos de lujo? ¿Crees que a esa gente le importa desecar la ciudad? Pues obvio, les importa un pepino... Si se encuentran con un río subterráneo o con una pirámide mexicana, pues la destruyen y ya está. Recuerda que el dios de los transas es el dinero. Así que ya olvídale y vete a dormir.

Después de ese rollito lleno de fría sabiduría popular, Lucía se quedó callada, inmóvil, mirando fijamente a Mario y pensando:

“¿Por qué no te pudres, hermanito?”. Unos segundos después, él abandonó el baño, azotando fuertemente la puerta. Ella sólo atinó a gritarle: —¡No sabía que trabajarías para una constructora!—. Y en voz baja, dijo: —Maldito...—. Se lo repitió muchas veces para sus adentros, mientras se dirigía hacia su recámara.

Por fortuna, en su cuarto estaba sola, no con el grosero de su hermano ni sus compañeros de la escuela, que eran una manada de bestias salvajes, salvo algunas honrosas excepciones. Al fin podría descansar. Se lanzó a la cama y suspiró. Cerró los ojos intentando borrar en un instante todo lo ocurrido ese día, pero fue en vano: —Es un idiota—, dijo mientras se incorporaba y se metía en las cobijas.

Su pecho se llenó de ira y, de pronto, le dieron unas inmensas ganas de llorar. En su mente se reproducían una y otra vez las palabras de su hermano. Entonces, al reflexionar, pensó que en efecto su hermano era un grosero y un idiota, pero lo que había dicho era cierto: para que en esas construcciones se pudieran cometer todo ese tipo de actos, el gobierno de su alcaldía debió haber dado su autorización, sabiendo perfectamente que se trataba de algo ilegal.

Entonces recordó que, hacía varios años, había ido a una obra de teatro en la que hablaban de un caso muy parecido a éste. También era en la Ciudad de México, solamente que cerca de Copilco (o algo así), y también diariamente se tiraban miles de litros de agua pura al drenaje, y muchos activistas luchaban para que se detuvieran los megadesarrollos inmobiliarios, las concesiones de agua a embotelladoras y refresqueras, los negocios de ventas de pipas de agua en colonias pobres de varias alcaldías, etcétera.

También vino a su mente lo que había visto en sus clases por televisión sobre el agua: recordó estadísticas, pensó en los 10 millones de personas que en México no tenían acceso a agua potable, y que incluso en su ciudad, en las alcaldías vecinas, estaba muy fuerte el problema del desabasto de agua. ¡Hasta en su misma colonia se habían quedado sin ella porque, justo a unas cuerdas de donde vivía, había un edificio enorme, como de 25 pisos, que consumía el equivalente a una colonia entera! En eso anduvo pen-

sando gran parte de la noche, hasta que poco a poco el cansancio le fue cerrando los ojos, poco a poco...

A la mañana siguiente, logró desprenderse del colchón para ir a la escuela. Cuando salió al comedor para desayunar, vio a su hermano. Lo ignoró completamente y continuó con su rutina como si no existiera. Incluso salió sola de casa y le dijo que ese día él iría solo a la escuela, que ella tenía cosas que hacer.

Caminó lo más rápido que pudo hacia la construcción y se acercó para observar si seguían tirando el agua. En efecto: seguían cayendo litros y litros de agua pura en la coladera, mezclándose al instante con el agua proveniente de los retretes y los lavabos de las casas, inutilizándola para siempre.

Aprovechando que no iba con su hermano, se desvió de la ruta para dirigirse a la casa de Carlos, su novio, quien, al verla afuera de su casa, salió rápidamente para saludarla. Después de abrazarse, Carlos le preguntó el porqué de la visita matutina, a lo que Lucía respondió contándole todo lo que le había pasado el día anterior saliendo de clases, y no terminó hasta que entraron a la escuela. Carlos, mientras tanto, escuchaba atentamente el relato de Lucía y, cuando ésta hubo terminado, le dijo:

—Yo creo que sí podemos hacer algo. En efecto, las autoridades no le harán caso a una niña, pero ¿qué tal si son 300 niños afuera del edificio de la alcaldía manifestándose en contra de esa construcción? —Hizo una pequeña pausa, volteó a ver a Lucía, cuyo rostro reflejaba sorpresa por el comentario, y prosiguió—. Además, ya me ha dicho mi papá que eso es totalmente ilegal. Hasta creo que la misma construcción es ilegal, pues va a ser un edificio de más de ocho pisos, ¿verdad? —Ella asintió con la cabeza—. Entonces, con más razón debería ser suspendida esa obra, sobre todo tomando en cuenta que la colonia donde vives es un pueblo muy antiguo y hay muchos edificios de la época colonial o del porfiriato, y otros más que, si bien no son de hace 100 años, sí tienen como cuarenta y son bellísimos, por ejemplo, en el que vive tu abuela. Entonces, esos edificios “modernos” rompen totalmente con el paisaje del

lugar y, entre más se construyan obras de ese tipo, más se destruirá a la colonia y menos agua habrá.

Lucía estaba impactada por las palabras de su novio, no por nada era el mejor promedio de su generación. Además, era tan apasionado como ella, tenía mucha iniciativa y no era ajeno a las problemáticas de su comunidad. Se tardó en responder. Finalmente le preguntó:

—¿Y cómo vamos a convencer a 300 niños de manifestarse en contra de esa obra en particular?

—Pues hablando con todos nuestros compañeros de la secundaria; incluso podemos convencer a nuestros papás.

—No creo que quieran, Carlos. ¡Nos van a tomar por locos y nos van a decir que dejemos de molestar! ¡Que todos los días en todo el mundo se desperdician litros y litros de agua, se construyen edificios que cubren al sol como si fueran montañas de tan grandes que son, y que nada ha pasado, que todo sigue su curso normal! Y, además, que no es algo que nos afecte a nosotros directamente...

—Sí, y entonces, como en todos lados se hace, aquí tenemos que tolerar ese tipo de actos que son completamente ilegales y que tenemos todo el derecho de denunciar. Lucía, por favor, no dejes que los pensamientos negativos de Mario te desanimen. Créeme cuando te digo que sí podemos hacer algo. Es más, se me acaba de ocurrir que podemos grabar con nuestros celulares cómo tiran el agua a la coladera y subirlo a las redes sociales, para denunciar lo que están haciendo, así mucha gente se va a enterar y quizás algún activista que tenga más experiencia en este tipo de asuntos se nos acerque y nos asesore. Y sí: sí nos afectan directamente; quizás no sea un problema que afecte exclusivamente a los jóvenes, pero nos afecta a todos. No importa si eres anciano, recién nacido, si tienes 15, 20 o 30 años, a todos nos afecta por igual.

Las palabras de Carlos fueron como una luz para Lucía, quien hacia menos de una hora pensaba que la vida era horrorosa y que nadie la apoyaría. Lamentablemente, en cuanto terminó de hablar, sonó la campana que indicaba el inicio de la primera clase. Les tocaba matemáticas y no pudieron seguir hablando del tema.

Fue hasta el recreo, mientras comían, que pudieron seguir con su conversación. Llegaron al acuerdo de que esa misma tarde Lucía grabaría con su celular cómo se desperdiciaba el agua, y así lo haría durante cuatro días más. Posteriormente, ambos editarían los videos, los juntarían y los subirían a todas sus redes sociales. Esa misma tarde hablaron con sus amigos y varios de sus compañeros de salón; algunos se apuntaron para lo de la manifestación pacífica enfrente de las oficinas de la alcaldía.

Lucía estaba sorprendida con la respuesta de sus compañeros, pues jamás pensó que niños que se comportaban tan salvajemente y que se hablaban con puras peladeces se unirían para apoyar una causa justa, pero se dio cuenta de que todos en su escuela padecían de una u otra forma los problemas de desabasto de agua, y por ello se unieron a la lucha.

Esa tarde, Lucía, Carlos, Mariana (su mejor amiga), Sandra (una compañera de su grupo) y hasta Mario (quien ya se había disculpado con Lucía por lo sucedido la noche anterior) se reunieron para ir a tomar el video. Afortunadamente, a la hora que llegaron a la construcción no había ni vigilantes ni trabajadores, así que no tuvieron problemas para grabar. Y así lo volvieron a hacer los cuatro días siguientes.

El domingo, Lucía se reunió con Mario en su casa y editaron el video, redactaron el mensaje que subirían en cada red junto con el video, y lo publicaron. Esa tarde, Lucía comió en casa de Mario, y durante la comida platicaron a sus padres lo que habían hecho y lo que planeaban hacer para la protesta pacífica en el edificio de la alcaldía. Los padres de Mario se mostraron muy solidarios con ellos, y dijeron que llevarían el tema a la siguiente junta vecinal, que se haría la siguiente semana.

Por fin, en la noche, Lucía pudo dormir plácidamente, pues se sentía liberada, aunque sabía que la lucha apenas comenzaba y que les faltaba mucho por hacer.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo fue revisar sus redes sociales, para ver si alguien había reaccionado o comentado el

video, pero solamente algunos de sus compañeros de la escuela compartieron la publicación.

Desayunó rápido y se fue corriendo a la escuela, para platicar con Carlos y sus compañeros sobre lo del video y cómo se iban a organizar para la protesta en el edificio delegacional. Carlos fue el primero en hablar:

—Ahora hay que organizar a la banda para lo de la protesta. Por cierto, Andrés me dijo que tiene un tío que trabaja de reportero en un periódico local, y que entonces él podría hablar sobre las irregularidades en las construcciones de la colonia, específicamente de la que está a dos cuadras de tu casa; hasta podría hacer un reportaje de este caso en particular.

—¡Órale, pues sería genial! —comentó alguien.

—Sí —respondió Carlos—, de hecho, ya quedé con él para que hoy vayamos a la casa de su tío para hablarle del caso y pedirle ayuda.

—Va, pero ya en serio tenemos que organizarnos para lo de la protesta —interrumpió Lucía.

Carlos se quedó pensando un rato y finalmente respondió.

—Espérate tantito... La junta de vecinos ya es el viernes en la noche, así que ahí mis papás van a hablar sobre lo de la construcción y van a discutir sobre lo de la protesta, para ver cuándo se organiza y para reunir a más gente.

Lucía ya quería que fuera viernes, para llegar a un acuerdo sobre la protesta. En la tarde, los niños pudieron convencer al tío de Andrés de hacer el reportaje.

El viernes en la mañana estaba publicado el artículo sobre el desperdicio de agua que se llevaba a cabo en la mentada construcción, y esa misma noche, durante la junta vecinal, gran parte de los vecinos de la colonia se puso de acuerdo para la protesta. Todo estaba planeado: sería el lunes, cerrarían el eje vial más cercano al edificio en construcción y, si no había respuesta de las autoridades de la alcaldía, entonces acamparían afuera de las oficinas donde despachaba el alcalde.

Durante todo el fin de semana, Lucía y su familia hicieron pancartas, mientras que los papás de Carlos hicieron una gran manta que iban a poner hasta el frente de la movilización. Además, enviaron mensajes en los grupos de WhatsApp que tenían con sus compañeros de la escuela, para que ellos también se unieran a la manifestación, y recibieron una buena respuesta, a pesar de que todos los niños estaban muy angustiados, porque pensaban que recibirían represalias por lo que estaban haciendo, aunque sería por el bien de toda la comunidad.

Llegó el lunes. La familia de Lucía se levantó tempranísimo, como a las 4:30 de la mañana, para cerrar la calle. A las 5:30 ya había muchas personas en el lugar, esperando el momento indicado para iniciar con la protesta. A las 6 de la mañana cerraron la calle. Conforme pasaban las horas, el tráfico por la zona aumentaba, recibieron muchos insultos, gritos, hasta los intentaron golpear, pero ellos resistieron.

Lucía y Carlos, que estaban en la segunda fila, a pesar del cansancio, del sol y los insultos, no se soltaron nunca de las manos de sus compañeros de al lado, tal vez porque el ambiente que había era muy especial, algo que nunca habían sentido: era lo que se siente cuando estás unido con otras personas que luchan por un mismo objetivo, para vivir en un mundo con menos injusticias, en el que todos tengan acceso a las mismas oportunidades y que gocen de los mismos derechos.

Más o menos a las once de la mañana, la mayoría de los manifestantes estaban hambrientos, así que Lucía, Mario, Carlos, Andrés y otros empezaron a repartirles unas tortas de jamón que les supieron a gloria y que había preparado doña Chofi, una vecina que tenía una fonda en la colonia y que se había ofrecido a llevar comida para todos. Además, estaba ahí el tío de Andrés y otros reporteros de su mismo periódico que grababan lo que sucedía y hacían entrevistas a los asistentes.

Hasta esa hora se presentó a la manifestación un funcionario del gobierno de la ciudad, que los “conminó” a liberar la vialidad y dirigirse a las oficinas de la alcaldía para continuar con su protesta.

Ante la negativa rotunda de todos los allí presentes, a los pocos minutos llegó un grupo de policías antimotines y arremetió contra todos. No les quedó de otra más que replegarse y llevarse su coraje y sus golpes a sus respectivos domicilios.

Esa noche Lucía estaba muy triste, pero sus papás le dijeron que no se preocupara, que ese problema se solucionaría sin importar qué pasara. A la mañana siguiente también se levantaron muy temprano, pero esta vez para ir a hacer un plantón en la plaza que está enfrente del edificio de la alcaldía.

Llegaron como 30 familias; en total, había como 120 personas. Este hecho también fue reportado por el periódico donde trabajaba el tío de Andrés, y hasta llegó un medio de circulación nacional y una televisora. A las doce del día, el alcalde envió a su secretario a negociar con los manifestantes, quien les dijo que el alcalde se comprometía a crear una comisión que se encargaría de revisar la construcción de las obras, y les pidió que se retiraran. Incluso les intentó repartir playeras y gorras con el logotipo de la alcaldía.

—¡Esto es el colmo!—, dijeron varios vecinos. Nadie se movió ni un centímetro y pidieron hablar personalmente con el alcalde. A las 4 de la tarde, cuando el alcalde se hubo dignado a recibir a los manifestantes, entró un grupo de cinco personas a las oficinas y el resto se quedó afuera, esperando a que salieran a darles noticia de lo que sucedía allí adentro.

A las 6 de la tarde salieron los vecinos que habían hablado con el alcalde, bastante enojados porque no habían conseguido que se suspendiera la obra. Esa noche, todos los adultos se fueron deprimidos, frustrados y muy enojados a dormir, pero Lucía y sus amigos, aunque también estaban enojados, guardaban esperanza. “No todo está perdido, aún queda mucho por hacer”, pensaban ellos. A las doce de la noche, Carlos le envió un mensaje a Lucía, que decía: “Mañana en la escuela, durante la asamblea estudiantil, pensamos en qué sigue. Descansa”.

Durante la asamblea de la escuela hablaron sobre qué podían hacer para solucionar el problema. Francisco, un niño extrover-

tido y muy participativo, dijo que tenían que buscar a un abogado que hubiera resuelto casos en contra de las constructoras y a un activista que tuviera experiencia en estos casos. Andrés propuso denunciar al gobierno de la alcaldía en instancias federales. Otros dijeron que había que cerrar una avenida y hacer huelga de hambre. Lucía pensó que debían hacer todo eso junto, ya que de otra manera no se suspendería la obra y ni siquiera se sancionaría a los responsables, pero no se atrevió a decirlo, porque lo más probable es que rechazaran su propuesta, pues implicaba dedicarle mucho tiempo y hasta cierto punto era riesgoso para sus familias, pues el gobierno local podría tomar represalias en contra suya y agredirlos, amenazarlos u otra situación.

De pronto, Mariana dijo exactamente lo que Lucía había pensado. Y en efecto, varios dijeron que era una locura y le dijeron que mejor se callara si iba a seguir diciendo cosas descabelladas. Tuvo que salir Óscar, su novio, en su defensa, y les dijo que si de verdad querían que ese problema se solucionara tenían que hacer todo eso junto, que no creyeran que el gobierno iba a cancelar la obra sólo porque un grupo de vecinos a los que nadie les hace caso se lo pidieran.

Después de esas palabras, todos se quedaron callados pensando, hasta que Luis, un niño de primero, rompió el silencio:

—Suenan muy bien todo eso que dicen, pero pues eso ya no depende de nosotros, sino de los adultos, porque nosotros, como niños, no podemos cerrar avenidas o hacer cosas así, porque somos vulnerables, nos agredirían y nadie nos tomaría en serio. Y pues, la neta, no creo que nuestros papás se vayan a aventar ese rollito, porque, como dice Óscar, es algo que requerirá de mucho tiempo, mucho desgaste, mucho ir y venir de oficina en oficina.

Luis no estaba equivocado. Muchos pensaban en lo mismo: sus padres no iban a querer. Entonces sintieron frustración por no poder luchar por lo que querían por ellos mismos y que los adultos que los rodeaban estuvieran tan ensimismados, sólo les importara su trabajo y no se preocuparan por el bien de la comunidad. Ahora

sólo les quedaba esperar. Esperar a que alguien leyera los reportajes sobre las manifestaciones que habían hecho y se unieran solidariamente a su lucha, o al menos les dieran más foros para hablar sobre sus denuncias y demandas, que los reflectores los alumbraran y los medios de comunicación los voltearan a ver.

Esa tarde al salir de la escuela, el tío de Andrés estaba en la puerta de la escuela esperando a hablar con los niños, y les dijo:

—Muchachos, ¡qué creen! Esta mañana nos acaba de llegar una invitación a un programa en una radio comunitaria, los quieren entrevistar. Ya hablé con los padres de algunos de ustedes, sólo necesitaríamos que entre ustedes decidan quiénes van a ir a la entrevista, no pueden ser más de cinco niños y dos adultos. Tomen en cuenta que será pasado mañana a las tres de la tarde en las instalaciones de la radiodifusora, que queda por Xochimilco, así que será un poco complicado llegar, habrá tráfico en parte del trayecto y tendrán que salir como media hora antes de la escuela.

Lucía y sus amigos no escucharon esas últimas palabras, estaban emocionados porque, por primera vez en la vida, alguien quería escuchar lo que pensaban. Se fueron muy entusiasmados a casa y ya para la noche habían pedido permiso a sus padres para que los dejaran ir. Estaba decidido: irían Lucía, Carlos, Mariana, Óscar, Andrés, su tío, y la mamá de Sandra, que fue una de las señoras que estuvo siempre al pie del cañón y organizando a los vecinos.

El viernes, Lucía sólo contaba las horas que faltaban para que el tío de Andrés los fuera a recoger; no puso atención en la clase de historia, no le importaba si López Portillo nacionalizó la banca o si Echeverría había creado el Infonavit.

—Puro cuento —pensaba Lucía—; la verdad es que esos expresidentes fueron iguales o peores que mi alcalde mientras gobernaron.

Después de mucho esperar, dio la una de la tarde y el tío de Óscar fue por ellos. Jamás pensaron que el traslado fuera a ser tan complicado. Ya habiendo llegado a Xochimilco, entraron a un pueblito con calles empedradas, luego pasaron por otro que ni calles tenía y las llantas de la camioneta se llenaron de lodo. Finalmente,

tuvieron que bajarse del auto y cruzar en lancha un canal, para luego caminar unos minutos hasta llegar al edificio de la radiodifusora.

Cuando entraron, se registraron en una lista y les dijeron que esperaran en la sala de espera. Ahí conocieron a los dirigentes de un grupo de campesinos que desde hace 90 años reclamaban sus tierras, porque los ganaderos más ricos de su región se las habían quitado; les compartieron algunas de las experiencias en su lucha, de la represión que habían sufrido, de sus líderes asesinados, entre otras cosas. Además, los felicitaron por emprender una lucha de esa magnitud siendo tan jóvenes. No pudieron seguir platicando, porque les pidieron que pasaran a la cabina a hacer pruebas de audio. Ya en la cabina, platicaron con los conductores del programa, quienes les dijeron de qué sería la entrevista, para que ellos fueran preparando sus respuestas.

Los invitaron a sentarse y ponerse enfrente de los micrófonos; hicieron pruebas de audio, y esperaron a que empezara el programa. Estaban muy emocionados, porque, además, la entrevista sería transmitida en vivo. Los presentaron y empezó la entrevista. Les fue bastante bien, no estaban tan nerviosos, así que pudieron explicar claramente el objetivo de su lucha, lo que seguía para su movimiento y hasta denunciaron la violencia y el intento de soborno de los que habían sido víctimas durante su protesta.

Aunque la entrevista no duró más de 20 minutos, para todos fue una experiencia inolvidable que los marcó para siempre, les dejó grandes aprendizajes, les abrió el mundo, descubrieron que a lo largo y ancho del país existía una infinidad de personas en lucha que demandaban que se les respetaran sus derechos, les regresaran sus tierras, que les devolvieran con vida a sus desaparecidos, que liberaran a presos políticos y muchas otras demandas.

A partir de ese momento, se comprometieron de por vida a la lucha que habían iniciado, e hicieron la promesa de que en su colonia ya no habría más irregularidades en las construcciones, que ya no habría más edificios horribles destruyendo el paisaje de sus calles, que no se demolerían casas para construir oficinas o departamentos.



Pasaron los años, ellos crecieron y su lucha resonaba cada vez más en cada rincón del país. Lucía y Carlos fundaron una organización para defender a comunidades que, como la suya, eran víctimas de las constructoras y de los malos gobiernos locales. Mariana y Óscar se hicieron zapatistas, así que se fueron a vivir a una comunidad zapatista en Chiapas. Andrés estudió Periodismo y se dedicó al periodismo de investigación, mientras que Sandra estudió Derecho y, en cuanto terminó la carrera, trabajó de defensora de derechos humanos.

En todos ellos, gracias a la lucha, nació la búsqueda de la justicia y la equidad, la hermandad y la solidaridad y, sobre todo, permaneció la esperanza y la añoranza de un mundo mejor para todos. Por ello sus amigos les dicen que en el fondo siguen siendo jóvenes, que si fueran adultos serían aburridos y amargados, en cambio, en sus miradas se percibe toda la vitalidad y la esperanza del mundo. Ellos responden que es cierto, que no han crecido por dentro para seguir luchando, porque sólo los niños y los jóvenes pueden cambiar al mundo.



Tercera categoría
Tercer lugar

Ser libre del León

Ximena Yolotzin Montes García

En un mundo donde es normal pedir permiso y decir no, me encontraba viendo las burbujas, con los colores del arcoíris que las hacen tan bonitas. Con el sol brillante, todo es muy cálido. A mi lado se encontraba Chencho; ya hacía dos años que lo habíamos adoptado, o más bien él a nosotros. Me estaba cuidando. Estar en la calle sola es un poco peligroso, pero mamá me ve desde la ventana de la casa. No hay muchos niños para jugar a estas horas, todos van a la escuela en la tarde.

—Tu deber es estudiar para seguir tus sueños y metas, Ximena — dice siempre papá, aunque jamás me dice que está orgulloso de mis buenas calificaciones. Pero no importa, sólo debo aprender mucho.

Ya que habíamos cenado, mamá me dijo que empezara a estudiar, mientras, ella se fue a su cuarto. Empecé a estudiar en la mesa del comedor después de haberla recogido; mañana tengo examen de Historia, específicamente de la Independencia.

Escuché el sonido de las llaves en la puerta, un sonido tan familiar que incluso ya sabía quién lo hacía: era mi papá. Fui corriendo para abrazarlo y saludarlo.

—¡Hola, ¿cómo estás?! —pregunté mientras me correspondía el abrazo.

—Bien, bien; hoy fue un buen día —Se empezó a quitar el suéter y nos dirigimos juntos a la cocina, que no estaba muy lejos.

—¿Cómo está mamá? —preguntó mientras se servía la comida (un gran plato de sopa) y puso el comal para calentar las tortillas.

—Está mejorando. Hoy se pudo levantar de la cama y ya no tiene fiebre; lo que nos recetó el médico le está ayudando —Abro mi libro de Historia y mi cuaderno para repasar los temas, sin olvidar también mis demás tareas.

—¡Qué bueno! ¿Cómo te fue a ti en la escuela? —Abre una servilleta que fue bordada hace muchos años por mi abuela, para poner las tortillas y sentarse en la mesa.

—Bien, ahorita voy a estudiar para un examen de Historia —Mientras él come, empiezo a leer un poco de la Independencia en voz alta.

Terminé de leer todo y él de comer, pero me acuerdo de que debía sacar unas copias.

—¿Puedo ir a la papelería?

—No, porque es muy noche.

—Tienes razón, lo más seguro es que esté cerrada.

—Exactamente, Ximena.

—Papá, ¿por qué dicen que Josefa Ortiz de Domínguez, por un amante, dio aviso de cuando descubrieron el movimiento? —Recordé que Marcos lo había mencionado en la clase.

—Algunas personas creen que una mujer no puede interesarse en cosas importantes, como la política, por cuenta propia. Hacen ver que, incluso si lo hiciera, sería por amor, sería algo con menos mérito. Lo dicen porque no tienen nada mejor que hacer, Ximena. Por eso, tú no tengas novio, nada más distraen la mente —dice mientras me abraza—. ¡Ámonos! Apúrate y lávate los dientes para ir a dormir, que ya es muy noche para que estés despierta. Mañana nos despertamos temprano.

Me voy al baño y me miro en el espejo: mi piel morena, mis ojos cafés, mi cabello un poco largo pero oscuro y una nariz gordita. Agarro el cepillo de dientes y empiezo a exprimir el tubo de pasta

de dientes. Mi papá llega también a lavarse los dientes; ya se había cambiado de ropa.

—¿Cómo es que hay más personas que leones? —pregunto mientras sigo lavando mis dientes, esperando que haya entendido la pregunta.

—Hay muchas cosas y personas más fuertes que tú o yo allá afuera, pero siempre tienes que ser más inteligente, esperar y pensar. Como los leones no son muy inteligentes, como nosotros, por eso somos más. ¿Lo entiendes? —Moja un poco el cepillo de dientes antes de empezar a usarlo.

—Sí papá. Hasta mañana. Descansa, también a mamá; espero que se mejore —Me da un beso en la mejilla y entro a mi cuarto.

Está oscuro, pero sé dónde está cada cosa. Las cobijas de mi cama son suaves y frías. A lo lejos, se escucha el sonido de los perros ladrando desde las azoteas, y más cerca, el sonido de un grillo. ¿Cómo será la vida de las otras personas? ¿Serán felices? ¿Qué les molestará? ¿La espalda, el corazón? Espero que estén siendo felices y que sueñen con los angelitos, como dice mamá. ¿El mundo es en verdad tan complicado como dicen? ¿Es bueno llorar? Hoy Juan lloró en el recreo; se había caído, pero se rieron de él. ¿Por qué no le ayudaron? ¿Debo sentirme triste por no tener amigos? Pero no me siento triste por no tenerlos; como dice papá: amigos hay pocos, pero buenos amigos, tal vez aún no los encuentro o ellos a mí. Pero estoy bien. Hoy fue un buen día. Me invade el sueño y una pesadez en los ojos. Mi cuerpo está relajado. ¿Mañana veré de nuevo burbujas de colores?

No supe cuándo la cama se volvió incómoda ni mucho menos cuándo me empezó a doler tan fuerte el cuerpo. Me levanté a pesar del dolor. La habitación no era la misma, no estaba en mi cuarto, y creo que tampoco en mi casa. Busqué un baño y me vi en el espejo. Me ardía la cara. No pude evitar llorar cuando salí del baño. ¿Qué había pasado? ¿Por qué me duele todo? ¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi mamá y mi papá? Me vi al espejo: no era yo ni tenía la misma edad que ayer. Era más grande. Empecé a ver este

cuerpo extraño. Tenía varios moretones, también una quemadura en la cara, que era lo que me ardía. Algo muy malo le había pasado a esta persona. Sentía una gran presión en el pecho.

Llevaba ropa deportiva. Me puse un suéter por el frío y empecé a observar todo: estaba sola en esa casa, que era más pequeña que la mía. El refrigerador contenía un poco de comida y yo tenía bastante hambre. Calenté algo de leche en la estufa con mucho cuidado. Recuerdo esa caricatura de detectives: siempre es importante investigar si no sabes algo. Veo una bolsa como las que usan las señoras en el mercado, pero más pequeña. Tenía un celular y un monedero. ¿Serán de esta persona? Se llama Rocío Sánchez, tiene 33 años. Sin duda, no soy yo. No conozco la dirección que dice dónde vive, así que no sé dónde están mis papás. Tiene 50 pesos en la bolsa. ¿El celular tendrá más información? ¿Luis? Tiene varias llamadas de esta persona, no tiene conversaciones con sus papás, pero están registrados. Tiene fotos de graduación de hace mucho tiempo.

Se escucha el ruido de unas llaves que no conozco, pero sentí que venía un león. La piel se me erizo. Entró una persona alta, muy grande, con una voz fuerte. ¿Cómo lo sé? Porque empezó a gritar.

—¿Por qué aún no está el desayuno?! ¡No sirves para nada!
—Me aventó la mochila con la que entró.

—¿Dime, dime quién te va a amar, si no sabes hacer nada!
¡¿Quieres que te enseñe de nuevo, o vas a hacer las cosas bien?!

—No supe qué cosa más hacer, sólo empecé a llorar. Me levanté y, cuando lo hice, él me jaló del cabello.

—¿Es tan difícil?! ¡Muévete, no tengo tu tiempo! —Entre lágrimas, puse un sartén y empecé a revolver unos huevos. También puse un comal para las tortillas, sin olvidar agua para un café.

—¿Ves cómo sí sabes hacer las cosas?! Nada más que te haces y quieres que te grite.

Sabía que tenía que salir, ¡pero es un león! Debo tener cuidado y ser inteligente, tratar de no sufrir más golpes. Mis lagrimas aún salían, sólo pude intentar que no nublaran mi vista. Empecé a servir

la comida. Se la llevé a la mesa temblando, mientras en mi mente pedía ayuda de algo o alguien para no tirar el plato.

—¡Ves cómo sí me amas, mi corazón! Regresaré tarde, así que me esperas aquí. Vas por el mandado, ya sabes cómo son las cosas —Terminó de comer, se acercó a mí, me agarró de la mandíbula y me besó.

Se había ido, ya no estaba el león. Fui corriendo al baño y no pude evitar vomitar, pues toda la situación me revolvió el estómago, aunque estaba vacío.

Esperé que pasaran unos minutos para asegurarme de que no se le olvidara nada. Me puse unos tenis y agarré todos los papeles que tuvieran el nombre de Rocío; de algo me habrían de servir. ¿Por qué decirme que no servía para nada? ¡Todos servimos para algo! ¿Por qué se siente como una jaula esta casita? No es fea; sin ese león, tal vez me sentiría más libre. ¿Qué le habrá pasado a Rocío? ¿Ella estará en el mío, en mi cuerpo? ¿Por qué lo amaba Rocío? Es triste, pero no soy Rocío; espero darle un abrazo.

Metí los papeles, el monedero, el celular y una manzana en la bolsa. Me puse el cubrebocas y salí a buscar a alguien que me ayudara. Empecé a caminar, era aún temprano, apenas iba amaneciendo. El amanecer, con las nubes rojas, amarillas y rosas, me traían paz ante lo que había pasado con el león. ¿Aún podré ver las burbujas? ¿Qué pasó con el examen? Todo estará bien, sólo necesito ayuda y quitarme este dolor.

Aún me dolía la espalda, los brazos, un poco las piernas y el vientre, sin olvidar la cara. Sólo me abracé a mí misma en lo que deambulaba por las calles. Encontré un poste con wifi y recordé que tengo que ser inteligente, y lo soy. Busqué un lugar donde me pudieran ayudar. Fui a un hospital: esperé, esperé y esperé aún más. No sabía qué hacer, así que sólo esperé sentada.

Me sentía más pesada. Todo daba vueltas. Escuché algunas voces, pero mis ojos se cerraron. ¿Soy libre? Me desperté en una camilla, un doctor me vio y le devolví la mirada.

—¿Todo está bien? —Por la cara que hizo, creo que le sorprendió mi pregunta. Abrió los ojos.

—Yo debería preguntarle eso. ¿Qué tiene usted? —Se empieza a acercar y llega una enfermera.

—Un león, bueno, no uno de verdad, sino una persona. Me desperté y me gritó, me jaló del pelo y no recuerdo nada más. Sólo tenía que salir, pero no recuerdo lo de los moretones y las demás heridas. Necesito ayuda —Varias lágrimas circulaban por mis mejillas. ¿Dónde estaba mi mamá? ¿Cómo lograría regresar a mi cuerpo?

—No se preocupe, ya está en buenas manos. Puede descansar en lo que llegan las autoridades pertinentes —El doctor se retiró y la enfermera se quedó a un lado.

El sueño empieza a llegarme, pero mi cuerpo ya no se siente tan pesado como cuando desperté. ¿Ella se lo ganó? No lo creo, nadie podría hacer algo tan malo como para que se le golpeará así. ¿Cómo había llegado a que le golpearan y gritaran con tanta naturalidad? No lo sé, pero espero algún día darle un abrazo a Rocío.

Todo vuelve a ser oscuro, pero hay algo curioso: una burbuja y Chencho en la acera me están esperando. Debo correr, porque, si no, el Chencho se sentirá solo, pero ¿quién me agarra la playera?

—Hola, perdón por haberte hecho pasar por eso, sólo no sabía qué hacer y no tenía la fuerza para irme; tenía miedo de que el león me fuera a comer —dice una niña más pequeña que yo.

—Eres Rocío, ¿verdad? No te preocupes, aunque sí me asusté mucho y no quisiera pasar de nuevo por eso. ¿Siempre te dolió tanto el cuerpo? ¿Por qué dejaste que te pegara? Pero lo más importante, es que tú eres... Eres importante. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, tus papás te llevaron a la escuela, te quieren mucho. Me trata así, porque pensé que me amaba; tu familia me hizo recordar que no es así, que el amor no duele y que debo ser libre. ¿Sabes?, Chencho te extraña mucho. Él se dio cuenta de que no eras tú.

Nos acercamos y nos damos un abrazo.

—Vivir con miedo no es vivir, eso dice mi mamá; así que no tengas miedo y preocúpate por ti. Te dejé con unas personas que te van a ayudar, habla de nuevo con más personas, no sólo hay leones en el mundo. Haz lo que quieras sin dañar a alguien y ámate; tal

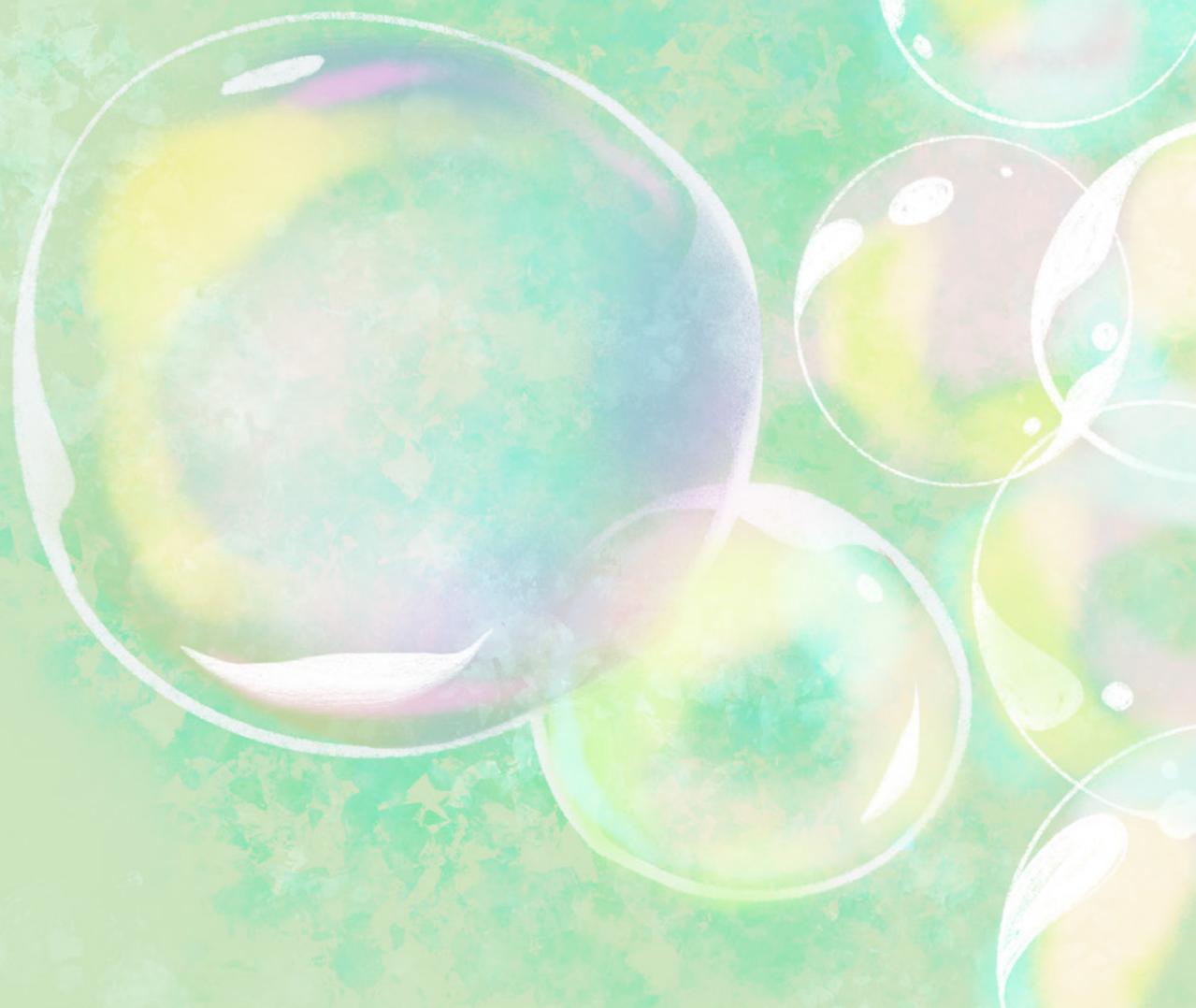
vez no están aún las personas que sepan amarte, pero tú debes ser libre —Le acaricio la cara y le doy un beso en la frente—. Me tengo que ir, ¡cuídate mucho, Rocío!

Cuando regresé a mi cuerpo, estaba en la acera con Chéncho a mi lado, y sí: aún estaban esas burbujas de colores. ¡Me gustan tanto, porque son libres! Todos somos libres de llorar, de reír, de amar, de vestir como queramos, de caminar sin miedo, de vivir sin miedo, total, la muerte la tenemos ganada, como dice mi abuelo Benito.

Que la indiferencia no nos domine como personas y que nuestra mente concuerde con nuestro corazón, sin dañar a alguien con ello. ¿Y el examen? Ni modo, total, qué más da, si aprendí qué era lo importante.

Siempre hay otras formas de vivir.

Fin



La versión electrónica de *Cuentos de jóvenes para jóvenes. Cuentos ganadores del 15° Concurso Infantil y Juvenil de Cuento* se terminó el 5 de diciembre de 2022. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Ricardo Raúl Benítez Estrada, analista corrector de estilo. Se utilizaron las fuentes tipográficas Frutiger LT Std y Cumiskat.



Instituto Electoral de la Ciudad de México
Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines
Tlalpan, 14386, Ciudad de México
Teléfono: 54 83 38 00

www.iecm.mx